

EL MUNDONOVISMO

## EL MOVIMIENTO QUE TRIUNFA HOY...

El movimiento que triunfa hoy en las letras hispanoamericanas, el Mundonovismo (1), tiende a adaptar a nuestro espíritu y a nuestro medio las verdaderas conquistas realizadas por el movimiento anterior, el Modernismo. No se trata, naturalmente, de instaurar un arte local o siquiera nacional, siempre limitado, sino de interpretar esas grandes sugerencias de la raza, de la tierra o del ambiente que animan todas las literaturas superiores, sugerencias que lejos de anular la universalidad primor-

(1) El autor ha publicado con este título otro trabajo aparecido en folleto, al cual se hace referencia en la *Advertencia Proemial*. El presente es formado por fragmentos de dos de sus crónicas literarias del *Mercure de France*. En el libro *Les Ecrivains Contemporains de l'Amérique Espagnole*, tales crónicas aparecerán completas.

dial en toda creación artística verdadera, la refuerzan diferenciándola. Se trata sencillamente de crear el arte del Mundo Nuevo, quiero decir, de la tierra joven y del porvenir. De aquí que denominemos este movimiento Mundonovismo y no Americanismo, como ha solido llamársele. En tal corriente, caben, por cierto, todas las modalidades. No importa, pues, que los poetas hagan lirismo de pensamiento, de sentimiento o de sensación: eso es cuestión de temperamento. Lo indispensable es que todo artista se manifieste sinceramente, esto es, como hombre del Mundo Nuevo.

Este movimiento ha sido determinado por la relativa madurez de nuestro espíritu y, también, por el ambiente de fuerza y de sinceridad inaugurado con el nuevo siglo. Cuando apenas empezaba a iniciarse, nosotros que habíamos sido unos de los más fervientes campeones del modernismo, saludamos su advenimiento en el prefacio de nuestro libro *Romances de Hoy*. «El ambiente es como el perfume, decíamos: sin que nos percibamos, nos circunda, nos penetra y acaba por embriagarnos. Y si el ambiente de hoy se nos presenta tan claro, tan fresco, tan benéfico, ¿por qué no dejarnos llevar por su suave soplo hacia el horizonte en que una aurora de vida y de belleza irradia dulcemente su oro inmaculado?» Todos nuestros escritores verdaderamente nuevos se han dejado llevar por este soplo suave...

Nuestros principales poetas siguen, pues, con mayor o menor empuje, la nueva orientación. El se-

ñor Enrique González Martínez, mejicano, es uno de nuestros aedas actuales más altos y representativos. Es un lírico nacido, que tiene esa eterna «aspiración» a cantar de que habla Sully-Prudhomme, y un artista mesurado, dotado de ese como tacto que crea las obras impecables; por otra parte, él es un espíritu inquieto, inflamado de ese anhelo de superación que lleva a las plenitudes. Así, él ha cantado cuanto ha vivido o pensado, se ha hecho una técnica de matiz y de medida, compuesta de lo que hay de más fino y más firme en las tentativas modernistas, y ha seguido una evolución espiritual que ha hecho decir con razón, que su obra es una ascensión constante. Desde luego, conquistado por los maestros del Modernismo, cultiva en sus primeras colecciones (*Preludios, Lirismos, La Hora Inútil*), una poesía brillante y voluptuosa, toda sensación y fantasía; evoca el mito griego eternal; pone en versos castellanos a los aedas del Parnaso o del Simbolismo francés. Pero pronto, en *Silenter*, se concentra en la meditación, busca una emoción más profunda; traduce las «voces de la soledad», anhela «escuchar el silencio y ver la sombra». Y en *Los Senderos Ocultos*, encuentra la ruta que le lleva al descubrimiento de la naturaleza y de su propia alma; entonces en su panteísmo sentimental, siente «los ayes lanzados por el árbol herido», y querría quitarse las sandalias «para no herir las piedras del camino». Y he aquí que, en *La Muerte del Cisne*, nos aconseja torcer el cuello al pájaro olímpico...

¿Cómo el señor Carlos Reyles? No. No quiere matar el idealismo, lo que desea exterminar es la poesía pomposa, no siempre significativa, de la cual nuestros poetas modernistas han usado y abusado. Quiere que el lirismo sea la plegaria del espíritu y de las cosas: «la oración que resurge en la fuente que mana». E iniciado así en la belleza interior, canta en fin, en *El Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño*, el himno de idealidad y de piedad de la sabiduría eterna.

El señor González Martínez es así, principalmente, un poeta del pensamiento. Algunos de nuestros románticos lo han sido también, pero él lo es verdaderamente, quiero decir, como lírico puro, despojado de toda elocuencia, que sabe dar a la idea el estremecimiento de la emoción; es eso lo que lo caracteriza y lo realza singularmente. Tal actitud ha valido al poeta la adhesión entusiástica de los jóvenes de su país. El señor Pedro Henríquez Ureña, que ha habitado cierto tiempo en Méjico, ve en él a nuestro poeta representativo actual, y, en su manera, el evangelio de nuestra lírica nueva. Sin duda, él es uno de los más altos representantes del Mundonovismo por su elevación, su inquietud, su fuerza, su sinceridad, pero se vincula aun a nuestro lirismo de ayer por algunos resabios retóricos (empleo de vocablos poéticos caducos, o de rimas demasiado usadas) por su desconfianza de la metrificacón libre y, sobre todo, por su tendencia al lirismo abstracto, desdeñando así toda sugestión racial o autóctona.

Cuanto a que su manera sea la de nuestros poetas nuevos, no lo creemos, como no creemos tampoco que sea la de todos los simbolistas franceses: entre aquéllos como entre éstos, hay no pocos que son sencillamente poetas del sentimiento o de la sensación.

Pero, ¿cómo emitir un juicio definitivo sobre un poeta como el señor González Martínez, que vive en plena evolución creadora? He aquí que en su último libro, *Parábolas y otros Poemas*, se nos presenta bajo nuevo aspecto. Nos ofrece ahora su emoción en el sugestivo molde evangélico, como nuestro gran Rodó. Sólo que sus parábolas son, más que alegorías aforísticas, estados personales simbolizados. Ved a ese anciano que lleva en el corazón «una nota— del viento, una remota— trepidación del mar, junto con una— ensoñación de luna»; mirad a esa virgen ciega que siente entrar en su alma el encanto de la tarde y del mar, con «el alma milagrosa del sonido»; considerad a ese huésped «sin nombre», que camina día y noche, sin saber de dónde viene ni a dónde va... ¿No son aspectos de la propia personalidad del poeta, acuñados en símbolos transcendentales?

Pero el señor E. González Martínez, nos dice, también, directamente, en otros poemas, las impresiones o las meditaciones de su alma «incesante»: su nostalgia de la vida natural, suscitada por la dulzura de la mañana; sus recuerdos de amor vocados por el «verde milagro» de la claridad del bosque;

su obsesión del dolor o de lo desconocido, despertada por el «rebaño de las nubes» o por «la puerta» cerrada. Querría cantar todo, «sentir todo, a manera de un vasto corazón en mitad del universo». Nos da, en fin, algunas traducciones del divino miniaturista de *Au flanc du Vase*. El se ha dedicado constantemente a traducir los poetas franceses modernos, que ama, buscando, acaso, de tal suerte empleo a su exceso de sabia lírica. Así, ha publicado bajo el título de *Jardines de Francia*, una colección de versiones de Heredia, Verlaine, Veraheren, Vielé Griffin, Régnier, Paul Fort, Raynaud, etc., traducciones excelentes, que vierten con igual fidelidad la idea, la imagen, el verso. En la forma de su libro, el señor González Martínez nos ofrece también algo de nuevo en él. Dejando la estrofa regular, mezcla, a veces, a los versos uniformes, versos menores diferentes, que matizan la armonía y ayudan a la pureza de la expresión; en tanto que descendiendo de sus sueños abstractos, crea ciertas piezas de esa poesía de impresión directa que tiñe la estrofa de los colores del cielo y de la tierra circunstantes. Es todo un camino nuevo. ¿Lo seguirá nuestro poeta?

En contraposición con el señor González Martínez, el señor M. Magallanes Moure, chileno, es un poeta inmanente, por entero sentimental. Lírico puro, pero poco imaginativo, persigue lo esencial de las sensaciones, mas no canta sino sus emociones vividas. De ahí su tendencia a interpretar, a través de su alma, la vida y el paisaje del medio en que vive. Ha

podido decir, pues, y con razón, que su ideal artístico es una especie de poesía realista. No se debe creer por esto, que sea un retrasado. Del modernismo no ha tomado ni el lujo decorativo ni el amor de lo raro y de lo refinado; pero sí el gusto de la forma depurada y renovada y el del verso liberado y personal. ¿Es un pintor de la poesía, como afirma Isaías Gamboa, en el prefacio de uno de sus libros? Es, a veces, un dibujante que anima croquis con una insinuación de azul o una sospecha de rosa. Sus poemas son añoranzas de la adolescencia, visiones de la campiña natal, impresiones de la vida cotidiana, cantos de amor: esto último sobre todo: él es principalmente un poeta del amor. Y todo ello en una forma sencilla, de imágenes espontáneas, y en versos cristalinos, de rimas discretas. Sin embargo, es preciso reconocer que este poeta aparece a veces un poco ingenuo y aun pueril; pero con más frecuencia, se muestra intenso y fino y siempre es delicado y sincero. Así, en sus primeros opúsculos, *Facetas*, *Matices*, se encuentran ciertos poemas muy hermosos de inspiración autóctona, y en su libro siguiente, *La Jornada*, hay muchas composiciones sentimentales de absoluta belleza.

En su último volumen, que acaba de publicar, *La Casa junto al Mar*, el señor M. Magallanes Moure se ha superado. Se ven, en efecto, en ese libro, todas sus cualidades llevadas a un sumo grado. ¡Qué cálida sinceridad en las confidencias de amor! Aquella evocación de la amada, en que la ilusión es tan



viva, que el amante busca, «a tientas», en la sombra, la mano adorada; esa «reconciliación», calurosa, como un abrazo, en que los amantes recuerdan, cambiándolas nuevamente, las caricias olvidadas. ¡Qué pureza exquisita en las visiones! Esa «luna de media noche», que aparece «cuando todo duerme», «como una visión de ensueño»; esas rocas erguidas en el mar, en las cuales va a posarse todo lo que es alado: «ave, luz y mirar». ¡Qué tacto delicado en la estilización de la vida local! Esos «paseos a caballo» por el camino que huye bajo el crepúsculo cómplice; ese pequeño cuadro del hogar honesto, tan tiernamente sugestivo! ¡Qué fino arte en la renovación de la forma! Esas estrofas despojadas de toda escoria de retórica, esos versos reducidos a su concreción adamantina. Es poesía amorosa la más fina y espontánea. El señor Magallanes ha pasado ya la cuarentena, pero, verdadero poeta, continúa siendo niño; persigue, pues, la eterna mariposa rosa. ¿Cómo no excusarlo, si con esto ha llegado a reanimar un género que muchos líricos jóvenes consideran como enterrado?

Tal poeta, carece naturalmente de ironía y aun de ingenio. Así, no ha acertado completamente en la comedia y en el poema humorístico. Sus piezas teatrales *La Batalla*, *Lluvia de Primavera*, como sus poemas *Los Pájaros*, *Maese Salomón*, no alcanzan a convencer. En cambio, ha escrito con éxito el cuento sentimental. Su librito *Qué es amor* es una colección de relatos encantadores.

Pero es en el género lírico en donde logra sus mejores éxitos. Su último libro es una de las obras más puras que haya producido nuestra poesía nueva. Este cantor sentimental es uno de nuestros mejores poetas mundonovistas. Sin embargo, el señor Magallanes Moure no tiene el renombre que merece. Es que es chileno, y en Chile los escritores no gozan de la alta consideración que les es acordada en las otras Repúblicas hispanoamericanas. Los políticos que gobiernan, desconocen a los escritores y se privan así del concurso de los hombres más cultos.

Como los poetas que han hecho ya su obra, los que están haciéndola persiguen el ideal mundonovista, si bien a veces inconscientemente.

El señor José Núñez y Domínguez, mejicano, que se resiente aún de la influencia del modernismo, pertenece en realidad a la nueva corriente. Es un poeta emotivo, más todavía: romántico, en el sentido eterno de esta palabra, pero es al mismo tiempo, un visual y un artista del Nuevo Mundo, que sabe devolvernos sus sensaciones de la realidad, ligeramente azuladas de fantasía. En versos delicados de léxico escogido e imágenes brillantes, él celebra a las bien amadas, las mujeres dulces, melancólicas o felinas, que le dieran con sus besos, el encanto de la vida, o aboceta sus impresiones de la existencia cotidiana: la suavidad de los «crepúsculos íntimos», la alegría de los jardines públicos, la dulzura humilde de los barrios bajos. Su libro *Holocaustos*, que en-

cierra la selección de su labor lírica, sugiere en general, la visión de uno de esos parques de nuestras viejas ciudades, que acogen «a los niños con la misma—crepuscular sonrisa de un anciano». Allí el sentimental ve pasar a la mujer indoamericana de «ojos de agua en donde reverbera una ilusión lunar», y el soñador cree percibir al «serafín de la tarde», que desfila «le long des fleurs» del *Jardin de la Infanta*. En uno de sus poemas, nuestro autor se duele del «terrible mal» que aqueja a la lírica moderna: la imitación. ¡Ah!, cómo librarnos de él después de tantos siglos de creación, y perteneciendo a una civilización que cuenta con tantos grandes poetas. El señor Domínguez lo comprende. Repite, pues, a veces, las cadencias de los maestros, mas sin dejar de hacer dominar su acento personal. Este poeta es, además, un crítico y un hombre de acción: dirige una publicación de actualidades, *Revista de Revistas*, que concede ancho espacio a las letras, prestando así un servicio positivo a nuestro desarrollo intelectual.

El señor B. Fernández Moreno, argentino, es uno de nuestros poetas jóvenes que representa el ideal mundonovista, con mayor fervor. Idealista y realista, sentimental e irónico, interpreta líricamente la vida de su época y de su medio, a través de su corazón, ya tierno como el de un niño, ya amargado como el de un paria. De ahí la honda sugestión simpática que emana de sus libros. Sus poemas son croquis de la realidad poco dibujados y apenas armonizados,

que, bajo su aparente vulgaridad, esconden rica sabiduría de poesía y ofrecen, a veces en un solo verso, en un solo rasgo, ese elemento que Guillaume Apollinaire reclamaba como indispensable al arte moderno: la sorpresa. Así, en su primer libro, *Las Iniciales del Misal*, nos dice sus recuerdos de la infancia o nos traduce sus sensaciones diarias con sinceridad transparente y emoción contenida y por ello más penetrante. En tanto que en *Intermedio Provinciano*, anota sus visiones de la pequeña ciudad de su país, en cuadritos ya tiernos, ya irónicos, siempre sugestivos. En su última colección, *Ciudad*, estiliza sus impresiones de la gran urbe hispanoamericana. No conocemos este libro; pero por las piezas que de él encontramos en una pequeña *Antología* del autor aparecida últimamente, creemos que el poeta es aquí más feliz que nunca. Que diga la alegría ficticia de los cafés a «a la una de la mañana», que exprese la angustia de los amaneceres orgiásticos, en que el cielo y las caras se tiñen de verde; que revele su «sueño de ciudad» («Quisiera un cuartito mío —misterioso, a media luz.— No te faltará, poeta,— tendrás tu lindo ataúd») nos parece siempre un cantor de la realidad intenso y delicado, que sabe fijar las líneas esenciales de las cosas y mezclar a las visiones, la emoción de su alma. Naturalmente, el señor Fernández Moreno, muy joven aun, no es sin defecto. A veces cae en la vulgaridad, se queda en la improvisación, se pierde en la desarmonía...

El señor José Egurén, peruano, es, al contrario del

anterior, un fantasista y un desarraigado, amante de todas las quimeras y todos los procedimientos extraños. En la literatura de su país que no ha hecho de manera total la etapa del modernismo, él es lo que era hace unos quince años, J. Herrera y Reissig en la del Uruguay, y, antes, nosotros mismos en la de Chile: el intérprete exaltado de lo que hay en aquella tendencia de más refinado, de más lejano. En su primera colección, *Simbólicas*, canta a los «reyes rojos», a las walkirias, a las «diosas ambarrinas», a las mujeres del Norte, a las marionetas, en poemas de disonancia intencional y vocabulario extravagante. En su último libro, *la Canción de las Figuras*, sostiene su gusto y su técnica, pero precisa dos tendencias que se notan ya en *Simbólicas*: la una a interpretar la emoción sincera, la otra a inspirarse en lo maravilloso de su propio medio. Esto, sobre todo en uno de sus poemas, «Antigua», en el cual celebra a la vez la magia del tiempo de la dominación española y el encanto del campo primaveral. Sin embargo, el prologuista de la *Canción de las Figuras* saluda a señor Egurén como a un poeta único en la América Latina, pues sería nuestro primer simbolista. Hay que terminar de una vez con la cuestión de prioridad tocante a este asunto. Todos nuestros principales aedas modernistas: Darío, J. A. Silva, Lugones, Herrera y Reissig, etc. han sido en buena parte de su obra, verdaderos simbolistas, y uno, Jaimes Freyres, lo ha sido en toda su labor lírica. Nosotros podemos decirlo: conocemos el sim

bolismo francés. El señor Eguren muestra influencias de casi todos esos poetas, particularmente de Darío: su «Niña de la lámpara azul» no es más que una variación de «la Hembra del pavo real». Sin embargo, debemos reconocerlo, este joven poeta aparece en general, diferente de todos. Es que él ha ido más lejos que nadie, empleando una metrificacón de disonancia irritante, una sintaxis llena de elipsis y transposiciones chinescas, un léxico repleto de palabras de su invención o de vocablos extranjeros para expresar las cosas más simples (¿no dice *nez* en francés y *fanciula* en italiano?) Luego, ha dado a sus creaciones cierto aspecto pueril y extraño de juguetes fantásticos, que no tiene entre nosotros antecedentes si no son los «cuentos» para niños de Rafael Pombo, que, en nuestra opinión, es lo que este poeta hizo de más bello. Pero es, sobre todo, porque el señor Egurén es un poeta auténtico y raro, que tiene la intuición de lo fantástico y el sentimiento de la vida misteriosa de las cosas. A pesar de sus defectos, yo siento verdadera simpatía por él, tal vez porque me hace recordar al artista alucinado de *Esmaltines*, que yo era a los diez y ocho años. Me permito, pues, sugerirle que olvide sus «silfas» y sus princesas nórdicas, y se deje conducir por esas dos «sotas de copa», que en uno de sus poemas, componen un licor endiablado; ellas lo llevarán al cuarto azul de la casa; el desván en que se

amontonan las bellas cosas viejas de los abuelos: ahí encontrará la salvación, yo hallé ahí la mía.

El señor A. Marasso Rocca, argentino, se ha revelado últimamente como un poeta tan elevado cuanto culto, bien que más de pensamiento que de emoción, más de voluntad que de intuición. Sus poemas reunidos bajo el título de *Presentimientos*, son meditaciones líricas sobre las más altas cuestiones espirituales: el misterio de la vida, el enigma del más allá, el anhelo infinito de ideal y pureza, vertidos en forma dialogada, propicia a tales motivos, y en versos plenos, armoniosos. Sin duda, él ha asimilado bastante de los poetas antiguos y de algunos modernos, como Hugo y el maestro del «Coloquio de los Centauros». (¿No lo ha notado el señor Cejador...?). Pero yo creo que ha aprendido más de su tierra nativa, la provincia de La Rioja, llena de montañas y precipicios. Verdad que, a veces, su tono parece algo pesado a causa de las ideas no bien sensibilizadas, su verso poco expresivo a causa de la regularidad sostenida, mas en general, su acento es suficientemente lírico, su estrofa bastante alígera. Su libro hace pensar, hace sentir y, tocante a forma, nos consuela de esa versificación amorfa, que ciertos nuevos poetas españoles han puesto de moda.

Así, el Mondonovismo se impone en nuestras letras, imperiosamente, no, cierto, con la fascinación efímera de una escuela: con la fuerza sostenida, irresistible de los movimientos determinados por causas profundas, llamados a colmar necesidades superiores. Si no al-

zará la gloria del Modernismo, de vivificar una literatura secular, como la castellana, conseguirá la alta honra de crear el Arte propio, verdadero del Nuevo Mundo latino.